

SUSCRICION:

MADRID, un mes. 2 rs.
PROVINCIA, trimestre. 8
ANTILLAS ESPAÑOLAS Y
Europa, trimestre. 20
PORTO RICO, trimestre. 15
En los demás países, tri-
mestre. 30
UN NÚMERO 10 CTS. PSTA.

El Libro del Pueblo

CONDICIONES:

Este periódico de educación popular verá la luz pública los días 1.º, 6, 11, 16, 21 y 26 de cada mes.
El pago será adelantado.
Anuncios y comunicaciones a precios convencionales.
UN NÚMERO 10 CTS. PSTA.

PERIÓDICO DEMOCRÁTICO, RELIGIOSO, CIENTÍFICO, ARTÍSTICO, AGRÍCOLA, INDUSTRIAL Y MERCANTIL.

DIRECTOR: EUSEBIO RUIZ CHAMORRO.

AÑO I.—NÚM. I.

MADRID 28 DE DICIEMBRE DE 1890.

ADMINISTRADOR: EMILIO SACO BREY.

Nuestro propósito

Largo tiempo há que venimos sintiendo en nuestra prensa periódica una vital necesidad ni satisfecha, ni prevista, que sepamos, por ninguna de sus muchas y dignas publicaciones; ninguna hay, que sepamos se haya propuesto la misión de educar al pueblo en todos los fines de la vida, mostrándole la sociedad como un hombre mayor, reflejo y expansión del hombre individual, de cuyas fuerzas, sanas ó enfermas, torcidas ó derechas, nace y se forma el complejo y magnífico organismo de pueblos y naciones en la humanidad con sus Estados, sus iglesias, sus industrias, sus artes y enseñanzas, sus ciencias y costumbres. Ninguna, que sepamos, se haya propuesto, de un modo directo, despertar é ilustrar la conciencia del ciudadano para levantarle á la consideración y al sentimiento de sus propias fuerzas, y, haciéndole comprender que tiene en su mano los destinos del país, busque su salvación en sí mismo, en el cultivo de sus facultades, en el desarrollo de sus energías; que mal puede reformarse el cuerpo social si no se reforman sus miembros; ni basta nunca una fórmula política ó económica para cambiar el estado de un pueblo.

Atravesamos una época penosa de duda y descreimiento universal. El negro escepticismo invade y hiela todas las corrientes de la vida.

Con los desacuerdos de los demócratas y la concupiscencia de los conservadores se ha casi extinguido el entusiasmo y apagado la fé política. La fé religiosa viene de largo tiempo combatida por la ignorancia de sus mismos defensores, los oscurantistas ó neo-católicos, que han querido hacerla incompatible con las investigaciones de la ciencia y con las conquistas de la moderna civilización.

La fé científica, (que también existe en esta esfera la creencia en la adquisición de una verdad fundamental que ilumine con su luz todas las regiones del pensamiento y organice sus materiales en un cuerpo de doctrina como todas las cosas se hallan organizadas en la realidad), hállase asimismo profundamente quebrantada por los estudios parciales de los especialistas y mayormente por el exclusivismo de los métodos. Y esa misma duda, que todo lo enseñorea, extiéndose también y penetra hasta la vida doméstica y la conciencia individual, de donde nace ese *indiferentismo* que todo el mundo señala con el dedo y que por todas partes nos asfixia, cual si la sociedad se hallase falta de atmósfera donde respirar.

Y así como la duda engendra la indiferencia, de ésta proceden la apatía y la holganza, fuente de todas las desdichas individuales y sociales.

Pero la duda, la indiferencia, la pereza, hacen que el individuo se encierre en sí mismo, que mire á los demás, primero con recelo y con desconfianza, luego como á verdaderos enemigos, y de aquí ese egoísmo desconsolador cuyos finestros frutos por todas partes tocamos, y seca nuestra frente y hiela nuestro corazón, convirtiéndose la sociedad, que debiera ser nuestro dichoso complemento, en campo siempre abierto á todas las discor-

dias y en lucha y guerrapermanente, en la que parece que el individuo sólo puede crecer y levantarse sobre las ruinas y despojos de sus semejantes.

Discordia y guerra en los partidos, lucha de ambiciones y lucha de principios; guerra y discordia de dogma á dogma y de iglesia á iglesia en las religiones; guerra y discordia en las ideas, combatiendo sin darse punto de reposo, unas con otras las escuelas, unos con otros los procedimientos en las ciencias y en las artes; discordia y guerra en el trabajo, entre el propietario y el colono, entre el fabricante y el obrero, y, en medio de esta guerra sin tregua ni descanso, debemos preguntarnos: ¿no será posible la paz? En medio de tanta anarquía y desconcierto ¿no será posible el orden?

Este es el problema que nos proponemos resolver, y su planteamiento no nos parece difícil, si bien la solución es larga y penosa, como hija de la constancia y el trabajo.

Si, el orden es posible restablecerlo y acabar con la anarquía en la política, en la ciencia, en la religión, en la agricultura y en la industria.

Reducida la cuestión á sus más sencillos términos se resuelve por este clarísimo principio: *el hombre vive y obra según piensa*. El desconcierto de las voluntades nace del desacuerdo en las ideas. No puede haber comunidad de acción sino existe comunidad de pensamiento.

Todo nuestro empeño tiene, pues, por objeto una obra de pensamiento: la armonía en las conciencias.

Esta es la misión de nuestro periódico, y esta la necesidad que está llamado á satisfacer en la medida de sus débiles fuerzas. Grande y larga es la empresa, cortos y escasos nuestros medios; pero siquiera el intentarla es laudable y generoso. En ello cumplimos, sobre todo, con un profundo y muy estrecho deber. Consagrados por inclinación y por estudio á este orden de conocimientos, habiendo empleado en ello las mejores fuerzas de nuestro espíritu y nuestra vida entera, al pár que por este medio continuamos nuestra propia educación, siempre inacabable, pensamos hacer un bien, cuyas consecuencias, no son, por el pronto, estimables, pero cuyos resultados habrán de ser firmes y positivos en lo venidero.

Esa duda que hemos señalado, en efecto, como el origen del indiferentismo, que nos ahoga, tiene su causa en una educación incompleta y falsa que nos lleva á aspiraciones imposibles y seguros engaños.

Lo que aquí importa es rehacer la educación, sentarla sobre base inquebrantable, y para todo esto, trabajar, trabajar mucho. El que pretenda llegar á la verdad y al bien sin trabajo desconoce su destino en el mundo y ciega las fuentes de la verdadera felicidad. Ni riquezas, ni honores, ni nacimiento, ni fortuna son raíces de la felicidad humana. Esta no es otra cosa que la recompensa del trabajo.

Sólo por el propio esfuerzo se alcanza el bien y se conquista la verdad, y se arraiga y establece la justicia entre los hombres.

A la conciencia del ciudadano nos dirigimos, de ella surgen, como de raíz viva todas las manifestaciones sociales. Despertarla, levantarla, conver-

tirla á sí misma, es echar los primeros fundamentos de la libertad: la propia *independencia* y la *verdad* que la ilustra y la guía. Pero levantar la independencia en el individuo, es dignificarle, engendrando en él la propia estima, es convertirle en elemento moral. Ilustrarle, es poner en sus manos su destino, haciéndole responsable de sus actos. Mas esta ilustración, para que sea eficaz, ha de ser completa. Si en ella descuidásemos algún elemento, alguna faz, algún aspecto de la naturaleza humana, sería tan abstracta como falsa y tan falsa como estéril.

Ni el espíritu, ni el cuerpo, ni la razón, ni los sentidos, ni el sentimiento, ni la inteligencia hemos de descuidar en ella. Todo es humano y todo merece un justo respeto y una legítima estima.

¿Pero qué camino seguirse en esta obra tan difícil como larga?

Nada en la vida se comunica pasivamente y todo es influido en la medida de sus fuerzas y actividad. Nada en la obra de la educación del pueblo pondremos de nuestra parte más que la dirección de su inteligencia. Ella por sí misma lo verá todo, lo descubrirá todo, apenas se le llame la atención. Todo lo tiene el pueblo en la conciencia, y cuanto vamos á decir lo sabe, faltándole únicamente reparar y reflexionar en ello.

Nada de autoridades. En este desconcierto en que vivimos no es posible el orden sino comenzamos asentando un principio común á todos. No es posible fallar el pleito si no acudimos á un juez por todos aceptado. Y este principio y este juez es el *sentido común*, al cual apelamos siempre y en todas las cuestiones.

¿Qué cosa más conforme con la naturaleza humana que apelar á la sana razón común en esta guerra en que vivimos?

En presencia de tantos dogmas como en las religiones positivas se dicen revelados y verdaderos y, sin embargo, contradictorios, ¿quién sino la razón ha de dirimir la discordia? Entre tantos partidos que aspiran á conducir la sociedad por el camino de la justicia, ¿quién sino la razón nos ha de señalar el verdadero? Entre tantas opiniones como desgarran el cuerpo de la ciencia, ¿quién sino la razón ha de admitir las verdaderas y desear las falsas.

A la sana razón común nos dirigimos en esta obra de educación y enseñanza y en su triunfo confiamos; pero se nos replicará, seguramente, que todos entienden hacer buen uso de ella cuando á cualquier objeto la aplican, y, sin embargo, no son los mismos sus dictados. Bueno es con todo afirmarlo; importante y trascendental reconocerlo. Lo demás vendrá de suyo. Firmes en este punto común de partida, la reflexión hará el resto, y nosotros señalaremos el camino.

Tenemos la seguridad de que se nos ha de tachar de pretenciosos; pero no importa con tal de que se consiga el resultado. En medio de tantas luchas y contradicciones el progreso es decisivo en todas las esferas de la vida, y desde luego nos atrevemos á anunciar que la ciencia, hoy por hoy, ha llegado á encontrar un principio de unidad que puede introducir el orden entre tanta anarquía; y la prueba patente de ello será la publicación que comenzamos, en la cual se demostrará, por medio de la piedra de toque de todas las

teorías, que es su aplicación á la vida, que con efecto la cuestión queda resuelta, no sólo en la esfera política y en la misma esfera religiosa, (humanamente hablando), sino en la de la ciencia y en todos los dominios de la actividad social.

Ese principio superior, que es la base de todo nuestro sistema, lo diremos sin rebozo, es el principio *orgánico*, la idea del *organismo* y de la *armonía*.

¡Cuánta virtud y cuánta fecundidad en una sola idea, exclamarán muchos! Pero nada más cierto, sin embargo.

Con la armonía en las conciencias obtendremos la armonía en la vida social. Esta es la palabra de paz que pone término á tanta lucha.

Cabe armonía en los sistemas y en los métodos científicos, entre el materialismo y el espiritualismo, entre el positivismo y la metafísica, entre la razón y la experiencia; cabe armonía entre la ciencia y la religión, entre obreros y patronos, entre propietarios y trabajadores, y lo que parece más difícil y utópico, cabe armonía y paz aún entre los sistemas y principios políticos más opuestos.

Que no somos por esto ecléticos, ya lo hemos dado á entender, porque lejos de mezclar estérilmente doctrinas y opiniones, proclamamos un principio y verdad superior que las concierte, y el desarrollo de este principio nos ha de dar relaciones prácticas y tangibles para tan diversos y difíciles problemas.

En cada sección respectiva de este periódico pondremos por obra nuestro pensamiento y mostraremos hasta sus últimas aplicaciones.

Tampoco se crea que nos contentamos con idealizar y escribir, aunque esto sólo no dejaría de tener su importancia, porque no es poco señalar lo que debe ser como guía cuando menos de conducta: hoy que se marcha tan á ciegas por todos los caminos, nos proponemos, sin embargo, un fin esencialmente práctico.

La democracia debe diferir de los partidos rutinarios, no sólo en la idea, sino en la vida.

El país se halla cansado de organizaciones, tan estériles como infecundas. Nos referimos á la constitución de los comités.

Todo el mundo sabe á qué se reducen estas asociaciones exclusivamente políticas. Nombrado un presidente con sus vocales y secretarios, que se ponen en relación con este ó aquel jefe de tal ó cual partido, se da ya por terminada la misión de la democracia.

Esto es muy poco, esto es infecundo, esto no deja de ser una organización puramente formal. Ante ella desaparece el fondo democrático. Una forma vacía bajo la que no vive y late el fondo y la materia democrática es una cosa muerta.

La democracia pide y exige algo más, y sostenemos, proclamamos que las ideas democráticas pueden realizarse y practicarse aún antes de llegar al poder.

Aun dentro de la legalidad, fuera de la cual no puede moverse organización ninguna, los comités democráticos deben dar muestra de vida y de ricas y fecundas energías, proponiéndose, como objeto constante de su celo y actividad, la reforma y mejoramiento de sus asociados. Los comités deben cultivar en el seno de su



partido todos los fines de la actividad social, deben formar comisiones encargadas unas de la enseñanza de sus miembros, no sólo erigiendo, por ejemplo, escuelas nocturnas de adultos donde se enseñe a leer, escribir y contar, sino con las aplicaciones inmediatas que les sugieran las condiciones de la localidad en que viven y las necesidades de sus catecúmenos, como la medición de tierras, la necesidad y calidad de los abonos, la aplicación de las máquinas, por ejemplo, en los países agrícolas; otras de la aplicación de los principios de la geometría y de la física a los industriales, y otras, en fin, aplicadas a exponer los conceptos fundamentales del derecho y sus instituciones, el conocimiento racional de nuestras relaciones con Dios, los principios de la moral, el orden de bienes en el mundo, la idea y el sentimiento del deber, el amor al trabajo, despertando y desarrollando en todos el espíritu de asociación como una fuerza, no sólo de carácter moral, sino económico, cuyos resultados son tan inmediatos como fecundos.

Consagrados a esta obra los comités democráticos, irían asentando en la conciencia del pueblo los verdaderos fundamentos de la libertad, todos apreciarían al punto por sus resultados la utilidad y ventajas de nuestros principios, y la teoría acompañada del ejemplo habría de ser la más elocuente propaganda.

No hallamos otro medio de romper el hielo del indiferentismo que, levantando las conciencias al conocimiento del ideal, y conduciendo los hombres, como de la mano, a las regiones de la razón y al mundo moral de las ideas, donde el desinterés y la abnegación ensanchan el espíritu y alientan al hombre en el camino indefinido del progreso.

EUSEBIO RUIZ CHAMORRO.

Sección política

La política es hoy la actividad social en la que todos tienen puestos los ojos, unos considerándola como objeto de sus ambiciones y espaciosos campos de particular medro y provecho, otros denostándola como la única causa de los males que padecemos; pero todos, por uno y otro camino, convienen en reconocerla su trascendental importancia. Tiéndola, en efecto, como el medio social más poderoso, hoy por hoy, para todo género de reformas, y en tal concepto será también la sección de nuestro periódico a la que habremos de dar mayor extensión e importancia.

Desenvolver el espíritu político, no es apartar al ciudadano del trabajo, sino romper el hielo de su apatía y hacerle comprender que sólo tomando una parte inteligente y activa en esta obra de común interés podrán irse poco a poco desterrando los males sociales.

Si el ciudadano no se educa en el derecho y no trata por este camino de remediar sus propios males, si no adquiere conciencia de la altísima misión que le está confiada al depositar su voto en las urnas, é ignora la trascendencia de esta función social, que por naturaleza le está encomendada, desconocerá siempre que el poder está en sus manos, que si los partidos doctrinarios le ejercen es por la aquiescencia de su su voluntad, y que si no entramos en un régimen verdaderamente democrático es porque no hay hombres libres capaces de sostener la integridad de su derecho contra los amagos de la seducción y los alaudes de la fuerza.

Todos pueden, sin abandonar el trabajo, sin apartarse de sus profesiones ejercer esta misión y cumplir este deber de hombre libre y de verdadero ciudadano. A engendrar esta convicción consagraremos esta parte de nuestro periódico en la que se mostrará, estudiando y criticando los principios de los partidos, que se ha verificado un verdadero y profundo progreso aún en el seno de la misma democracia con la creación del nuevo partido *democrático-progresista*, cuyo manifiesto vió la luz pública el 1.º de Abril del presente año.

Haremos ver que las soluciones que entraña son la expresión de un principio superior de derecho, que concierne en su seno lo que hay de justo y verdadero en los sistemas políticos parciales; que reconoce el principio de la autonomía, base exclusiva de algunas escuelas y causa cierta de sus extravíos, y establece el principio del orden sobre la base inquebrantable de los derechos humanos, manteniendo entre ambos aquel justo equilibrio que constituye la salud del Estado y la armonía de sus miembros.

Haremos ver hasta la saciedad, discutiendo término por término y principio por principio, que este partido político es el más radical y avanzado en el campo de la democracia,

y el más conforme con la naturaleza humana y las exigencias científicas, pues consagrándole derecho de todos, individuos, pueblos e instituciones, se halla tan lejos de la anarquía como del despotismo, armonizando en la idea madre del derecho humano, las tendencias individualistas y las exigencias del socialismo.

Esta sección tendrá dos partes que respondan a los dos elementos sociales del arte político, el *hecho* y la *idea*.

En la primera expondremos con fiel imparcialidad el estado y situación de los partidos, incluso los actos del que nos gobierna, haciendo una especie de crónica del período que medie de número a número de nuestra publicación. Y al lado de esos hechos, para que no aparezcan secos y descarnados, formularemos su juicio crítico correspondiente.

En la segunda parte de esta sección expondremos en forma doctrinal, pero viva y sencilla, los principios o ideas del nuevo partido democrático-progresista, como base y criterio de la conciencia política del ciudadano, y razón de nuestros juicios en esta esfera de la vida. Haráse ver que la idea capital que informa todo este sistema, es la idea del organismo, fuera de la cual no se concibe el derecho ni se explican la libertad y el orden.

Sección religiosa

Harto extraño parecerá sin duda a amigos y adversarios que la cuestión religiosa ocupe un lugar preferente en nuestra publicación.

Los neo-católicos o ultramontanos, que se imaginan los únicos jueces en la materia, sobre la cual ejercen un verdadero monopolio en nuestro país, han de mirarnos con recelo, y aún con enojo, viendo quizá en nuestras aspiraciones generosas el mayor enemigo de su causa. Y no se engañan los partidarios del oscurantismo. Nos proponemos combatirlos en todos los terrenos, y mostrar al país que al declararse, desde el punto de vista de los dogmas, enemigos de la libertad y de la civilización moderna, se declaran enemigos del mismo Dios, en cuyo supremo nombre pretenden hablar al mundo.

No. Dios no quiere que reneguemos de nuestras facultades, ni nos ha concedido la razón para mutilarla, ni puede mirar ninguna obra verdaderamente humana y conforme con la naturaleza como indigna de su divinidad. La ciencia, que es la más alta manifestación de la inteligencia, lejos de separarnos del Ser Supremo, nos acerca a él, y Dios no puede condenar este obsequio racional, fruto de nuestro trabajo y vínculo natural y firmísimo de las relaciones religiosas.

Encerrar la religión en la oscura esfera del sentimiento, es rebajarla. Acercarnos a ella por la razón, es enaltecerla.

Vivimos en unos tiempos en que la razón se ha emancipado de la autoridad en el orden científico, y hoy no se puede en buen derecho estar en posesión de cosa alguna sin exhibir los títulos de su legitimidad. En una palabra: la ciencia no es enemiga de la religión y la fe se puede conciliar con la razón. Lo que combate la ciencia no es la religión, sino la superstición; y la razón no lucha con la fe, sino con el fanatismo.

Muchos de nuestros amigos, que piensan que debe ser atea la democracia, se escandalizarán de que invoquemos el nombre de la religión, y sea uno de nuestros primeros propósitos despertar en el pueblo su dormida conciencia religiosa; pero se engañan. Propende la inteligencia, antes de hallar cimiento seguro, a marchar de extremo en extremo; y del fanatismo pasa con facilidad al ateísmo, derribando con las preocupaciones el edificio entero.

Mas esto es detenerse en medio del camino. La superstición y todas las preocupaciones y todos los errores no se derriban con negaciones. La negación no deja en pos de sí más que el vacío y el tormento.

El error se debe combatir con la verdad, y las preocupaciones con la convicción.

No se crea que estamos sólo en esta evolución de la ciencia. Nos acompañan en ella aún muchos de los partidarios del método experimental. Entre los más dignos representantes del positivismo se halla, sin ir más lejos, el mismo Spencer; y el positivista inglés es filósofo profundamente religioso.

Reconociendo la religión como la fuente de los ideales y la suprema aspiración del hombre, que le llena y engrandece, levantándole de lo sensible y pasajero a lo racional y eterno, la religión que es el alma de los pueblos y la inspiradora de sus grandes acciones, no podemos descuidarla en un periódico que se propone la educación completa del pueblo.

Expondremos, pues, en esta sección los principios de la religión natural en la medida y bajo la exclusiva guía de la razón y dentro de las prescripciones legales.

Sección moral

Separamos esta sección de la religiosa en nuestro periódico, porque en realidad son distintas ambas esferas de la vida, aunque hay entre ellas, como entre todos los fines humanos, estrechísimas e íntimas relaciones.

La historia misma de la filosofía nos muestra que han existido escuelas exclusivamente morales y que han cultivado la voluntad con pureza de miras dignas de mejores tiempos, y, sin embargo, no han sido religiosas. Nos referimos a la escuela estoica que ha dejado modelos y ejemplares dignos de imitación por los caracteres que revelan.

Puédese, en verdad, obrar el bien por el bien mismo como una exigencia de nuestra na-

turaleza racional, y cumplir el deber con pureza de motivos, cual ley de la conciencia, y educar la voluntad en la práctica de la virtud sin consideración a las penas o recompensas inherentes a nuestras acciones.

Esta es la esfera de la pura moral, y en ella levanta el hombre su corazón y su conciencia a las relaciones sociales y abre su espíritu a la humanidad entera, de cuyo organismo se reconoce subordinado miembro. Ella le inspira el respeto al derecho y el amor al orden.

Convertida a sí misma la conciencia moral pone concierto en todas las fuerzas humanas, y domina con la razón las pasiones, y ni desprecia el cuerpo ni exalta la vida del espíritu a la humanidad entera, de cuyo organismo se reconoce subordinado miembro. Ella le inspira el respeto al derecho y el amor al orden. Convertida a sí misma la conciencia moral pone concierto en todas las fuerzas humanas, y domina con la razón las pasiones, y ni desprecia el cuerpo ni exalta la vida del espíritu a la humanidad entera, de cuyo organismo se reconoce subordinado miembro. Ella le inspira el respeto al derecho y el amor al orden. Convertida a sí misma la conciencia moral pone concierto en todas las fuerzas humanas, y domina con la razón las pasiones, y ni desprecia el cuerpo ni exalta la vida del espíritu a la humanidad entera, de cuyo organismo se reconoce subordinado miembro. Ella le inspira el respeto al derecho y el amor al orden.

No hay arma mejor templada contra el egoísmo que nos devora, que este conocimiento de nuestra posición en la sociedad y el mundo.

Ponerlo de manifiesto a los ojos de todos, mostrar que el individuo no es otra cosa que una rama y determinación de su género, dependiente de él, subordinado a él y obligado a amarlo y respetarlo, será abrir en la conciencia del ciudadano los fuentes de la abnegación y moverlo a las acciones santas y generosas.

No trataremos en esta como en ninguna sección de nuestro periódico, de llevar al pueblo por el pesado camino de la investigación, que conduce a tan altas y fecundas verdades. Esto sería desconocer el estado de su inteligencia y pretender convertirle en filósofo. Mostráremos los resultados y le ofreceremos los frutos; que ellos germinarán en su bien sentida conciencia.

Sección científica

Hablar de ciencia al pueblo no debe ser maravilla en los tiempos modernos, cuando las conferencias populares son un vivo testimonio de su manifiesta utilidad.

Envolver su mente en elucubraciones metafísicas sería encerrar en las tinieblas a quien busca la luz, y hacerle absorbente lo que ha de ser amable.

Observaciones de sentido común, sencillas reflexiones sobre el valor de las palabras ordinariamente empleadas y sobre los fenómenos naturales que de continuo nos impresionan desde que venimos al mundo, despertarán poco a poco el amor al trabajo del pensamiento, ofreciéndole como recompensa inmediata la satisfacción de la verdad alcanzada.

Este será nuestro camino en la exposición de los conocimientos científicos relativos a todos los órdenes de la realidad.

La educación de nuestros tiempos no debe limitarse a leer, escribir y contar. Esa base es necesaria, cuando menos, para la inteligencia de nuestro periódico. Poner al alcance del mayor número las propiedades generales de los cuerpos y las más sencillas leyes del calor, la luz y la electricidad, llevarlos como de la mano a que presencien las más triviales composiciones y composiciones a que la intrépida falange de los químicos somete la naturaleza, penetrándose de esta suerte de que todos los seres, desde el mineral, al parecer insensible e inorgánico, hasta los más complejos organismos vegetales y animales, incluso el hombre, se reducen a los mismos elementos, aunque desigualmente combinados; dirigir luego su mirada al vasto imperio de la naturaleza individual y hacerle ver que es posible el orden en medio de tan rica muchedumbre, y llegar a formar, no sólo su inventario, sino hasta su historia y relaciones, desde el simple mineral y la célula del infusorio hasta el hombre, foco de todas las fuerzas y armonía de todas las funciones; levantar sus ojos al cielo y, mostrándole las inmensurables distancias que separan los astros y sus enormes masas y concertados movimientos, hacerle columbrar el infinito organismo del mundo y la vida entera, llenando todos los espacios y todos los tiempos; abrir en su alma el sentimiento de la inmortalidad y la eterna misión de su destino.

Restituírle luego a sí mismo, iluminarle los senos de la conciencia, y desde aquel foco vivísimo hacerle contemplar, por sencilla manera, sus propiedades comunes con todos los seres, su actividad y su vida, informada como toda vida en el espacio, el tiempo y el movimiento; hilos misteriosos que constituyen la trama del mundo. Convertirle, finalmente, a la sociedad, y mostrarle que la idea del dere-

cho, que está en boca de todos, nace de las condiciones también orgánicas que enlazan al hijo con el padre, a los ciudadanos entre sí, al hombre con la mujer en la familia; condiciones de vida, condiciones de desarrollo, si bien dependientes de la voluntad humana, fundadas en nuestra eterna naturaleza, y esto mostrado en sencillos principios, llevados con arte a la legislación positiva para que sepa cuando menos sus derechos y los de la mujer en el matrimonio; sus deberes como padre, sus facultades como hombre libre en la esfera de la propiedad y en las relaciones de derecho que se llaman contratos; conceptos clarísimos sobre el delito, la pena y sus aplicaciones constituirá el objeto constante de esta sección, en la cual se hará, por añadidura, no sólo la crítica de los libros que sus autores tengan a bien enviarnos, sino señaladamente la de los libros que están sirviendo de texto en todos los grados de la enseñanza oficial, donde hay, por desgracia nuestra, mucho malo que reprobar y poco bueno que aplaudir, y haremos esta importantísima crítica bajo la entera responsabilidad de nuestra conciencia, tan inflexible para los amigos como justa con los adversarios.

Mas como el carácter práctico de nuestro periódico exige que hagamos continuas aplicaciones a todas las esferas de la vida, ¿qué mayor y más útil aplicación que la que se refiere a la conservación y restablecimiento de la vida del cuerpo, cuyas fuerzas se ven de ordinario perturbadas, no sólo por la acción fatal de la naturaleza, sino por el mal régimen que muchas veces nuestra voluntad imprime a su ejercicio y desarrollo?

La fisiología y la higiene serán materias que por su constante utilidad ocuparán nuestra atención, para ofrecer al pueblo sus resultados inmediatos y prácticas aplicaciones.

Sección artística

Todas las llamadas bellas artes tendrán cabida en esta sección del periódico, cuyo criterio es determinado por el mismo principio de la armonía que informa todo nuestro sistema.

El corte espacio de esta hoja-programa no nos permite extendernos por hoy en mayores desarrollos; pero será objeto preferente de nuestra actividad la crítica de obras puramente literarias y, sobre todo, las dramáticas y musicales, siempre con el constante objeto de educar el gusto del pueblo.

Sección agrícola

La utilidad de la agricultura sobre todo en nuestro país, exige por nuestra parte, que hagamos un estudio relativo primeramente al estado en que este arte alcanza en nuestro pueblo, dando cuenta de las producciones de su suelo en las diferentes comarcas de España, métodos de cultivo usados en las mismas y fabricaciones consiguientes por lo que toca sobre todo a los vinos y aceites. Comparación de los procedimientos de unas y otras provincias, para cuyos datos contamos con amigos muy competentes en las principales localidades.

Junto con este estado de agricultura en España procuraremos dar a conocer el de los países extranjeros en general y comparar la antigua agricultura con la moderna, exponiendo, en forma sencilla y amena, las más comunes aplicaciones de la botánica y la química y la mecánica a una industria que debe constituir la principal riqueza de nuestro país. No descuidaremos en esta rama la tan importante como abandonada cuestión de los canales de riego, ni dejaremos de promover el espíritu de asociación en todas partes, no sólo para la construcción de esas utilísimas obras, sino para extender las enseñanzas agrícolas y para adquirir por la fuerza de tan poderosa palanca, hasta en las pequeñas localidades, las máquinas de más útil y comprobada aplicación. La creación de Bancos agrícolas será también objeto de nuestro estudio e indagaciones.

Sección industrial

Dar a conocer las condiciones que nuestro rico suelo ofrece a la explotación de minerales y a la fabricación en general, mostrando las causas que retardan su desarrollo y señalando cómo puede promoverse será, el objeto principal de esta sección, donde se tratará también de la necesidad y utilidad de construir ferro-carriles y tranvías de vía estrecha.

Sección mercantil

En ella nos proponemos preferentemente, después de presentar un estado general del comercio de nuestro país interior, de cabotaje y con el extranjero y Ultramar, de la cuestión de los aranceles ítimamente ligada con la protección y el libre cambio, y señaladamente de la de Bancos y ferro-carriles, remora hoy por su organización del desarrollo de la riqueza del país, en el que constituyen un Estado dentro de otro Estado, sin que la prensa se haya hecho eco, que sepamos, de abusos tan lamentables.